

En las *varietés* de la ópera entre vida y muerte

En la curso de la feria del libro, la cultura catalana entra en el foco, también para nosotros. En el Teatro Winterthur se celebró el estreno absoluto el pasado martes la nueva pieza de teatro musical de Joan Albert Amargós.

WINTERTHUR – Para el „morire cantando“ (Vincenzo Bellini), el morir cantando, que es el lema emblemático de la ópera, el compositor catalán Joan Albert Amargós cultiva una pasión eminente. Esto se demostró hace cinco años, cuando presentó "Euridice", su pieza fundamental sobre el tema base de la ópera: la muerte de la esposa de Orfeo. Con el "Saló d'Anubis o la Academia de Lili & Danté", que se pudo ver ahora en el Teatro de Winterthur en estreno absoluto, suena ya en el título la alta mitología: Anubis i Thot, dioses del culto a los muertos, forman parte del reparto reducido de la ópera. Tal como ocurrió en "Euridice" donde la moribunda escapó de la ópera hacia la calle, se comprende también el "Saló d'anubis" como un auto sacramental antiguo. Thot y Anubis son a la vez y sobre todo Lili y Danté, dos artistas de Varietés, que invitan al espectador y que dominan todos los trucos conocidos con las telas, cuerdas que se convierten en palos, telas flotantes – y justamente en cuerpos con los miembros y la cabeza disecionados. Y para ello se busca a un hombre del público. «Morire cantando»: en la ópera, y de esto se trata en su sentido enfático de Amargós fascina de nuevo el florecimiento del canto, allí donde normalmente éste se pierde en muchas otras óperas, y donde la muerte es puesta en escena para el deleite y el regocijo aciago. Y, una vez más, se le puede atribuir a la magia de la música que sepa articular dentro del truco chabacano de la caja mágica ordinaria, la verdadera transformación del hombre en sintonía con la vida y la muerte.

Este hombre es cualquiera del público, que ha sido escogido por la suerte de un sorteo para subir al escenario y sobre el que –"sorprendentemente"– mágicamente saben tanto Lili y Danté. Saben también que acaba de morir y le colocan en un ataúd con el truco de la sierra. El hombre vive – magia- su suerte de ser descuartizado, ya no sabe si está muerto o vivo – y empieza a cantar, con todas las reglas de la lírica. Claro, él es el tenor de la compañía (y excelente), esto en el público ya nos lo imaginábamos. Pero va mucho más lejos de lo imaginable, constatar cómo él, o su cabeza cortada, expresa su terror, su tristeza y cómo los digiere, cómo "vive y muere" con su infancia, su tata, su profesor de escuela, su mujer en el círculo; cómo se convierte cada vez más en el cantante perenne, mientras le trituran la cabeza cortada y cuecen el brebaje en el horno para convertirlo en un muñeco, que se revela como un Yo disminuido que se agarra a la vida con voz cortada, mientras le engulle el mar.

La altura del tono musical y el escenario grotesco: todo se convierte en una química, que logra tocar y desconcertar profundamente. La base es una combinación feliz de las cualidades más dispares de la obra y su interpretación: un libreto, que formula en su concepción surreal un contenido subterráneo sin quebrantos (Toni Rumbau); el "melos" expresivo y accesible, exigente con los cantantes y el juego musical de cámara policromo, que Joan Albert Amargós concibe para cuatro cantantes, y un quinteto de piano, clarinete, trompa, volín y contrabajo, conjugando de manera intensa y viva con elementos del folclore y del jazz, enérgico y sensual, casi una zarzuela moderna.

La pieza dura sólo poco más de una hora, pero exige mucho a todos los intérpretes. La puesta en escena (Luca Valentino/José Menchero) muestra unas varietés reales, aunque el aspecto egipcio, el "decalage" del tiempo y del espacio también en su transformación escénica sean aspectos a tener en cuenta en futuras puestas en escena, que uno desea para esta obra. El grupo instrumental Barcelona 216 toca de manera precisa y expresiva- desde el motivo del destino de la trompa hasta la telaraña sonora irisante. Cuatro voces de ópera de peso, (Mónica Luezas, Marta Valero, Miquel Cobos y Marc Canturri), celebran, a menudo al unísono, la intemporalidad del Bel Canto.

HERBERT BÜTTIKER, *Landbote Winterthur*, 4 de octubre del 2007